

ELENA SÁNCHEZ ESPINOSA

Aquí empieza



1

Compruebo una última vez mi aspecto en el espejo del baño. La única bombilla da una iluminación titilante; solo un detalle más para que parezca el decorado de *Saw*, junto con las cortinas rotas en la ducha y las manchas sospechosas en las paredes. Es difícil decir si el maquillaje está hecho un desastre, pero la raya y el pintalabios están al menos en su sitio. No tengo ni la más remota idea de qué se pone la gente en Italia para ir a un *aperitivo*. Por Google sé que es una especie de *buffet* y que suele ir acompañado de bebidas, pero no sé en qué categoría cae de lo formal. Claro que nadie lo sabrá porque somos todos erasmus.

Fue una de las primeras cosas que hice al organizar mi estancia, puede que la única acertada: incluirme en el grupo de la asociación de alumnos erasmus, o ESN, y ahora tenemos la primera quedada. Digo única porque escogí la ciudad para mi Erasmus al tuntún —Milán—; elegí una residencia pensando que estaría cerca de la universidad y, sí, está cerca de *la* universidad, solo que no de *la mía* —la mía está a cuarenta minutos, y eso si cojo el metro—. Por no mencionar que no me dio tiempo a aprender italiano de la forma en que hubiese debido y ahora estoy algo a la deriva en este país. Esta mañana, en el supermercado, he estado cinco minutos

tratando de entender que la cajera me estaba ofreciendo una bolsa. *Sacchetto*. Lo tengo impreso en la memoria ahora.

—Tú puedes —le digo a mi reflejo en voz alta—. Cogiste un avión tú solita al fin y al cabo, y has conseguido sobrevivir aquí un día entero. Eso ya es más que un *aperitivo*.

Palabra clave: sobrevivir. Porque me perdí en la terminal al hacer el transbordo, cogí el tren que no era y acabé en la estación equivocada. Solo me faltó meterme en un taxi falso para que me secuestrasen.

Le dejo a mi compañera una nota en su mesilla por si llega mientras no estoy en la que le explico que solo hay una llave —que hay que dejar en recepción cuando se sale— y le dejo mi número.

Salgo de la habitación con el bolso cruzado sobre el pecho y cierro la puerta con la llave sujeta al llavero más pesado del mundo. Es una especie de tubo acabado en un remate circular, mucho más grande que una llave, y desde luego mucho más grande de lo que recomendaría el sentido común para un llavero. Tiene que llevar algo de plomo para que te resulte casi imposible robarla nada más que por las molestias.

Llego al metro en apenas unos minutos y, antes de que me dé tiempo a buscar la tarjeta con la que me he hecho esta mañana, me sobresalto al oír un grito. Como persona de ciudad pequeña —minúscula—, los metros no son mi sitio favorito. Parecen llevar implícito la muerte, y que haya un energúmeno gritando no ayuda.

Me llevo la mano al pecho tranquilizándome cuando veo que se trata solo de un chico que no puede hacer que la puerta se abra y está llamando a voces a una persona que no existe. Hay un puesto de información en el centro, pero está vacío. Me imagino que no tendrán a alguien ahí las veinticuatro horas del día.

—¿Ocurre algo? —le pregunto en inglés, que es en lo que está gritando.

—No, a veces solo me apetece gritar para desfogarme. Gracias
—contesta a su vez en inglés con un acento marcado que no termino de ubicar.

Me río con sorpresa. «A preguntas obvias, respuestas bordes».

Me mira como si ahora acabara realmente de verme y yo sigo hablándole.

—¿Crees que podría ayudarte?

—En realidad, solo necesito que alguien pase mi tarjeta como si saliera del metro. La puerta se ha quedado atascada cuando he intentado entrar.

Tiendo la mano y él me analiza unos segundos antes de decidir fiarse de mí y dejarme su tarjeta. Paso la mía para entrar y busco un terminal que deje salir para pasar la suya. Después se la doy por encima de las puertas de plástico y me voy cuando me da las gracias.

Tendría que haberme quedado para preguntarle si él también está de Erasmus porque parece tener cerca de mi edad, pero no se me da muy bien la gente. Incluso si estuviese aquí trabajando, parece de sentido común hacer piña entre extranjeros. Debería hablarle, pero no sé si se ha pasado mi oportunidad al seguir andando. Las cosas sociales se me dan más bien mal. Vale, soy *awkward* de narices, lo admito. Llevo toda mi vida limitándome a los mismos amigos y he dejado que fueran ellos los que me presentaran a gente nueva siempre. Nunca he hecho algo así por mí misma, pero me prometí que este año sería distinto. Que *yo* sería distinta.

Me lo planteo empezando a sentir un ligero pánico. Es más fácil hacerse promesas a una que cumplirlas.

Estoy a punto de alcanzar las escaleras mecánicas cuando me da un arranque de valentía y me giro hacia él. Está casi detrás de mí y consigo asustarle con mi brusquedad.

—Eres inglés, ¿no? —le pregunto esperando no ofenderle, porque no logro ubicar su acento.

—Galés, de hecho —responde un poco molesto.

—Yo soy de España. Me llamo Penélope, pero siempre me llaman Penny —me presento tendiéndole la mano, porque lo único que sé de interacción internacional es que fuera de España no se suele llevar lo de los besos.

En el segundo que tarda en darme la mano me doy cuenta de lo raro que es soltarle a alguien tu nombre de inmediato. Empiezo a ponerme roja.

—Ethan —responde por fin, aceptando mi mano, y casi me caigo al llegar al final de las escaleras porque he dejado de estar pendiente a mis pies. No hace ningún esfuerzo por ayudarme a recuperar el equilibrio—. ¿Estás de Erasmus también?

—Ajá —digo cuando me recupero—. ¿Tú también vas al *aperitivo*?

—Sí. —Se queda callado unos segundos antes de añadir—: Me empezaba a poner nervioso ir solo. Llevo un día de mierda, estoy atacado. Bueno, ya has visto. —Se ríe.

—¿Por eso llamabas al de información, para que te acompañase?

Hago que se ría mientras asiente y nos subimos en el metro. Pero le entiendo, aquí aún no conocemos a nadie. Somos lo más vulnerable que hemos sido nunca, porque estamos completamente solos. Aunque, con algo de suerte, puede que no sea así durante mucho tiempo.

La iluminación del tren le hace parecer aún más pálido. El pelo y la barba no son mucho más oscuras y tiene los ojos azul claro. De primeras parece superguapo. Claro que mi opinión puede estar inducida por el hecho de que sus rasgos, en comparación con lo que suelo ver en casa, son exóticos.

Me alegro de haberme estudiado bien el trayecto antes de salir porque me gusta fingir que lo tengo todo bajo control a pesar de que es la primera vez que me subo a uno de estos. Se me dé bien o mal, Ethan no pierde la oportunidad de cuestionar cada movimiento que hago por la línea.

Al final tiene que dejarme en paz cuando empieza a comprobarlo en Maps y ve que tengo razón —y menos mal, porque estaba reafirmandome más por cabezonería que por seguridad real.

En el tiempo que tardamos en llegar, le interrogo sobre qué estudia, por qué está aquí y las cosas más típicas que se me ocurren. Nada demasiado personal, porque no quiero que las preguntas se vuelvan en mi contra. Me cuenta que estudia Historia del Arte y por eso eligió Italia.

—Lo entiendo, ¿pero no hubiese sido mejor Florencia o Roma? —le pregunto por auténtica curiosidad. Cuando lees sobre Milán todo el mundo parece tener algo malo que decir, ya sea sobre la arquitectura o sobre la limpieza. Yo aún no tengo ninguna pega, pero quizás mis estándares sean más bajos que los de los que se dedican a escribir sobre esos temas.

No me contesta más que mirándome mal y consigue, sin pretenderlo, que vuelva a reírme. Me gusta que sea tan poco *correcto*. Lo suyo sería que tratara de darme una respuesta buena o defender su decisión, pero no le importa. Solo me mira diciéndome que me calle y se queda tan tranquilo, pero sin por ello hacerte sentir incómodo o como si molestaras. Creo que es exactamente el tipo de amigo que me hace falta aquí, porque para nervios y neurras ya estoy yo.

—Bueno —continúo—, así puedes realizar un estudio histórico sobre mi residencia, porque es tan vieja que debe de tener algún valor.

—¡Calla! ¿La Sapienza? —dice partiéndose de risa.

—Seiscientos uno. —El número de mi habitación.

Nada más lo digo me pregunto qué le importará a él, no es que le esté invitando.

—Cuatrocientos catorce. Tengo un compañero alemán *muy* raro. —Al segundo parece que decir solo eso no es suficiente. —Muy... raro.

—¿Qué hace? —pregunto medio divertida, medio con miedo por mi propia futura compañera.

—No es que lo *conozca*, pero cuando llegué ayer solo me dijo «hola» y se pasó el resto del tiempo mirándome mientras deshacía la maleta y seguía haciendo cosas. Mirándome *en serio*. ¿Sabes lo que dicen de que para maldecir a alguien no hay que romper el contacto visual? Pues eso.

Nunca he tenido que compartir habitación con nadie. En mi ciudad la universidad está esencialmente al lado de mi casa, así que vivo con mis padres, donde siempre lo he hecho. Había evitado preocuparme hasta ahora. ¿Quién seré yo, Ethan o el alemán? ¿El asustado o el que asusta? ¿El normal o el raro?

—Y encima —sigue diciendo—, cuando me estaba cepillando los dientes, información que no te importa, pero ahí tienes, se acercó para preguntarme si creía que había algo más allá de la muerte y te juro que parecía que quería matarme. Además, ya has visto los baños, fue totalmente una escena de peli de terror. No sé cómo conseguí dormirme.

La verdad es que no sé qué decirle sin conocer al chico. A lo mejor es tan raro hablando con la gente como yo y la espiritualidad le pareció un tema interesante. O puede que estuviese leyendo sobre eso en Twitter y dijera «Mira, un tema para mi nuevo compi».

Qué digo. Hasta yo sé que es raro.

—¿Le contestaste algo? —le pregunto.

—Sí, fui muy correcto y todo eso. Lo único que me faltaba era no ser cordial con él. No quiero que tenga motivos de más para asesinarme.

—¿De más?

—Sí, aparte de que sea un psicópata, quiero decir.

Cuando llegamos a nuestra parada busco en Maps dónde está el lugar exacto y empezamos a seguir la ruta que nos marca. De

camino intento explicarle a Ethan la diferencia entre sociópata y psicópata. No se decide por un diagnóstico claro aún.

En cierto punto empezamos a plantearnos la hipótesis de nigromante o brujo de sangre, cuando me doy cuenta de que un par de conversaciones raras no fueron lo único que le asustaron.

—Se pasó todo el principio de la noche murmurando una re-tahíla de cosas, asumo que en alemán. ¿Sabes el mal rollo que da oír eso? Casi me ha sorprendido no encontrarme un pentagrama en el suelo al levantarme.

—Em... ¿Tal vez hable en sueños? Podrías hablar con él...

—¡No! —Casi me coge del brazo para interrumpir mi frase—. ¿Qué te he dicho de no darle más motivos para matarme?

No tengo más consejos que darle en el tema de nigromancia, así que me quedo callada el resto del camino.

Estamos en una zona de canales, Navigli. Me hace mucha gracia verla por primera vez porque hay gente que la llama la Venecia de Milán y es más que una exageración. El contraste es absolutamente ridículo, pero sí que tiene encanto. El problema del *marketing* turístico es que puede conseguir que vengas con exageraciones, pero al final te vas tan decepcionado que acabas dejando mil comentarios echando pestes del sitio.

A nuestra izquierda tenemos un canal con una serie de puentes que podrían haber sido hechos con más estilo, pero que parecen haber preferido la funcionalidad. A ambos lados hay bares, *pubs* y restaurantes con luces y terrazas. No tardamos en localizar el nuestro y, tras echarnos una última mirada de pánico, entramos.

Un chico de algunos años más que yo —claro que yo solo tengo diecinueve— se nos acerca enseguida y se presenta como Marco, de la ESN. Nos da los tiques para el *aperitivo* y nos señala hacia donde están los demás erasmus. Son solo una decena, más un grupo casi igual de italianos de la organización. Por lo visto hemos venido temprano en el mes y aún no hay muchos erasmus

por Milán. Sé que quedan unas dos semanas para que empiecen las clases, pero ese era el objetivo, no saltar directamente a la sartén. Tener algo de tiempo en la ciudad antes de empezar con la parte seria.

No todos parecen pensar igual. A lo mejor los demás están dejando una vida atrás, pero yo no. No hago gran cosa en casa y, lo poco que hago, lo mismo da que pase allí que aquí.

Ethan y yo vamos a elegir la comida antes de sentarnos con los demás. Está claro que ya han empezado con las bebidas porque se ríen demasiado de todo, pero al menos es contagioso. Utilizo el contagio como sucedáneo del alcohol, porque he visto el precio de las bebidas y mi beca no cubre eso.

No consigo quedarme con el nombre de nadie de primeras, solo conozco sus nacionalidades. No hay nadie de España y el único no europeo es de Corea del Sur. Además, están los italianos, de los cuales uno ya se está acercando a una alemana, aunque solo veo a la mitad de la pareja porque me tapa Ethan, que, ahora que está sentado, parece medir más que cuando estábamos de pie porque se la apaña para estar en medio siempre, mire a donde mire.

—Me abuuuuro —dice Ethan girándose hacia mí dentro de su capucha, con lo que prácticamente solo le veo la nariz. La conversación ha pasado a ser sobre distintas bebidas alcohólicas y, sinceramente, no podría importarme menos, sobre todo cuando no conozco ni un cuarto de los nombres—. Vamos a dar una vuelta, ya verás.

Me pongo en pie de inmediato porque ya me he acabado la comida y empiezo a pensar demasiado en la alemana y el italiano. Yo ni siquiera he besado a nadie aún. Ni le he cogido la maldita *mano* a alguien que no sea de mi familia. Soy el bebé de este grupo. Claro que nunca me ha gustado alguien lo suficiente como para intentarlo. Ni he sido lo suficientemente valiente. Bueno, ni siquiera conozco a tantos chicos, a quién pretendo

engañar. Son los efectos secundarios de ser tímida y limitarte a la gente de siempre por no saber hablar con los demás.

Gran parte del objetivo de este año era ese, mejorar mi parte social. Ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que había puesto demasiadas esperanzas en el cambio de sitio como una solución. Milán no me lo va a poner más fácil que cualquier otra ciudad.

Puede que me haya hecho una trampa mortal a mí misma por venir aquí.

—¿Quieres ver mi mayor y único talento? —me pregunta Ethan mientras se acaba su bebida, sacándome de mi paliza mental—. Mira —termina antes de que me dé tiempo a contestar.

Se dirige a un grupo de chicos y empiezo a preocuparme. Entonces le oigo hablar en un italiano perfecto gesticulando como un loco. Habla tan rápido que ni le entiendo. Los chicos le dicen que no son de aquí en inglés y entonces finge un inglés con acento italiano para responderles. Suena totalmente convincente, hasta el punto de volver a ser incomprensible. Tengo que alejarme de ellos para que no me vean reír. Por algún motivo, Ethan decide seguir escalando la situación y se pone a rapear en lo que me suena a alguna lengua del norte de Europa. Me tengo que agarrar a la barra del bar para no caerme de la risa. El corro de extranjeros se pone a aplaudirle y animar. Estoy al borde de la histeria, con lágrimas en los ojos.

En ese momento se acerca un italiano, me parece que de la ESN, aunque ya no recuerdo su nombre, y le pregunta si no era británico con una cara de confusión perfecta. Ethan va a contestarle serio, hasta le veo alzar las manos para gesticular, pero entonces ve mi cara y ya no puede seguir.

—*Devo andare* —empieza a gritar con un tono tontísimo, que va alzándose hacia el agudo, y con acento inglés— *to pee, ciao*.

Me da una palmadita en el hombro según se aleja en dirección al baño y me pongo a pedir la bebida que venía incluida con la comida para no volver inmediatamente a la mesa, sola. Me

he estado reservando el tique para este momento, en el que la emoción se va y da paso al pánico social velado. No suelo beber, aunque me gusta. Solo lo hago en situaciones sociales y, aun así, me da miedo la codependencia que puede crear en mi cerebro. La conexión de «si no bebes, no hablas».

—Te has buscado un amigo un poco extraño —me dice el chico italiano en inglés con un fuerte acento.

—Define extraño —respondo.

—No me hace falta, acabamos de verlo.

Se ríe él solo.

Me encojo de hombros sonriéndole y cojo mi bebida. Empiezo a beber allí mismo porque no sé si estamos teniendo una conversación o me puedo ir.

—¿Habrías reconocido que no era italiano si no lo hubieses visto antes? —le pregunto por si acaso estamos teniendo una conversación.

—La verdad es que no. Parecía más italiano que yo, salvo por la piel. Y luego, claro, ya no sé ni qué parecía.

Sigo bebiendo sin saber qué responder. Al rato me doy cuenta de que me está mirando algo fijo. Hago una inspección mental de qué puede fallar —algo entre los dientes, pelo fuera de lugar, maquillaje corrido— y, cuando me rindo, le pregunto de una forma un poco brusca:

—¿Qué pasa? —Apenas me sale la voz. No sé hablar si un chico me mira fijamente. Sobre todo, porque acabo de mirarle bien por primera vez y mi corazón está haciendo cosas raras. Tiene la piel tostada, el pelo oscuro y los ojos color avellana. Ni siquiera pensaba que fuese una combinación tan asesina y, sin embargo, me estoy muriendo. Y hay algo más, además. Un aura de atractivo. Casi como si estuviese lanzando feromonas al aire.

—Nada, nada. —Entonces se gira hasta apoyar la espalda en la barra y sonrío sin mirarme.

Oh, no. ¿Qué hace? ¿Qué quiere decir? Ha elegido a la persona incorrecta para esto. Vale que estudio Traducción e Interpretación, pero no puedo interpretar al ser humano por nada del mundo. Me dan ganas de irme solo por dejar de pasarlo mal, pero en ese momento vuelve a estar hablándome.

—¿Cómo te llamas? —me dice.

—Penny —contesto, y me olvido de preguntarle a él, darle la mano y de todo lo demás.

—Alessio —se presenta sin que le pregunte. Me tiende la mano y se la estrecho brevemente. Al menos me alegro de que no intente darme dos besos porque creo que me desmayaría.

—Un placer —suelto antes de dirigirme otra vez hacia la mesa. Plan de huida en marcha. Estoy demasiado nerviosa para esto. Y ni siquiera sé hacer nada de *esto*, como para empezar ahora.

Voy dándole sorbos a mi bebida, como si fuese la poción que todo lo arregla. «Alcohol, mejórame».

Ethan ya está allí cuando me siento. Se ha puesto la capucha en la cabeza otra vez y tiene cara de que sería capaz de quedarse dormido en cualquier momento, con los párpados caídos y la mirada perdida en alguien que está hablando, sin llegar a prestarle atención. Me dejo caer a su lado y le felicito por su interpretación. Hace una pequeña reverencia, utilizando solo el brazo, y luego vuelve a su estado adormecido.

—¿Sabes cuando te he dicho que no sé cómo me quedé dormido con mi psicópata? —me pregunta. Contesta sin esperar mi respuesta—. Lo cierto es que he dormido como dos horas, creo que voy a morir.

—Supongo que podemos irnos... —empiezo sin mucha convicción, porque querría conseguir *algo* esta noche y, por muy nerviosa que esté, no quiero arruinarla antes de tiempo. Una hora más y podría tener la confianza suficiente para ser como quería

ser al venir aquí. Sobre todo, si consigo que la bebida me haga algo de efecto pronto.

—*Nope*, nada que no se pueda arreglar con una bebida insultantemente cara.

Sonríó al oír eso. Parecemos tener el mismo código de actuación: dame un punto de alcohol y moveré el mundo.

Se levanta y me deja sola mientras los demás mantienen una conversación a la que ni siquiera me veo capaz de engancharme. Me niego a sacar el teléfono aún por algo que leí sobre lenguaje corporal, pero mi cabeza empieza a carcomerme con pensamientos sobre cómo no hago nada bien. Lo tengo de fondo, dándome la tabarra, mientras me empieza a martillar el corazón.

A los pocos minutos se me sienta alguien al lado y, al girarme sobresaltada, veo que es Alessio.

—Qué sorpresa verte aquí —le digo.

Cuando estoy nerviosa o no sé qué decir, digo tonterías. No sé por qué, solo sale. Podría hablar como una persona normal o podría hacer esto.

—¿Qué? —me contesta.

Genial, ni siquiera entiende que es una broma.

—Decía que ha sido totalmente *inusual e inesperado* encontrarte aquí, solo eso.

Estoy a punto de hacer un guiño-guiño para que lo pille, pero me resisto. Tarda unos segundos más en entenderlo mientras yo le miro con cara de loca, casi enviándole señales cerebrales.

—Definitivamente no es solo tu amigo el extraño —dice por fin.

Auch.

—A lo mejor lo que no es normal es tardar tanto en entender una broma —le respondo sin cortarme, pero acabo riéndome para quitarle hierro.

Se lleva una mano al pecho y finge estar dolido, pero tiene una sonrisa de oreja a oreja por haberme mosqueado.

—Tu comportamiento no parece una forma muy buena de hacer amigos —sigue poco después.

—¿Quién ha dicho que quiera ser amiga tuya?

Levanta las cejas y pone cara de querer decir algo, pero al final solo me sonrío. Pasan algunos segundos antes de que vuelva a hablar.

—¿Te apetece salir?

2

Al oír la pregunta me quedo paralizada. Mi cerebro se esfuerza al máximo, que sigue sin ser decir mucho, y oigo a mi voz interna correr, preguntándose qué es lo que quiere, qué va a hacer fuera que no pueda hacer aquí.

Pero, si soy sincera, lo sé perfectamente. Y me aterra, pero aun así me oigo decir:

—Claro.

Me pongo la chaqueta y estoy prácticamente en la calle antes de que él haya terminado siquiera de reaccionar.

Voy directa a la barandilla del canal y dejo que el fresco de la noche me baje el rubor de las mejillas. Cuando me sigue, vuelve a quedarse callado simplemente mirándome. Tiene que haber leído en algún sitio que eso funciona, o tal vez es incapaz de tener una conversación. Sea lo que sea, me pone de los nervios.

—¿Y qué estudias? —le digo lo primero que se me ocurre. Parezco un formulario hoy.

Se ríe un poco y cambia de posición ligeramente.

—¿Podemos saltarnos esa parte de la conversación? —pregunta sonriendo.

Intento estarme quieta, pero me tiemblan las manos.

—¿Para ir a dónde? —le pregunto a mi vez para que vaya al grano, pero sale en un susurro débil.

—Pues..., la verdad —empieza, mientras se va acercando. No me aparto aún porque creo que he perdido la movilidad en el cuerpo de forma súbita— es que llevo queriendo besarte desde que te he visto riéndote.

CÓDIGO ROJO.

—Me parece que tendrás que esperar algo más —le digo poniéndome de perfil a él para bloquear cualquier otro movimiento. Si se acerca de repente sé que voy a salir corriendo.

Se gira hacia el canal y sigue sonriendo mientras contesta:

—Puedo ser muy paciente.

—Seguro que en los anuncios de YouTube te pasas los cinco segundos de espera para saltar pinchando en la pancartita —bromeo.

Hago que vuelva a reírse y sé que tengo razón. Y el problema es que cualquier persona con la que vaya a estar tiene que venir con una maleta entera de paciencia, de las que te petan la factura con Ryanair, porque no sé cuánto me llevará tener confianza para besar a alguien, o siquiera intentar flirtear. Por no hablar del sexo. Horror.

La risa no se ha terminado de borrar de su cara y de repente se me pasa por la cabeza que realmente quiero besarle. No solo porque puedo, sino porque no recuerdo que alguien me haya atraído así nunca. Es solo una milésima de segundo, pero pienso en todas las veces que he dicho que no a cosas, o he desperdiciado oportunidades, todas las veces que no he hecho lo que quería por un motivo u otro, y al segundo ya le estoy besando. O al menos hago un señor intento. No tengo muy claro qué hacer, pero presiono los labios contra los suyos y él tarda apenas un segundo en abrir la boca. A partir de ahí ya no sé qué está pasando, solo me dejo llevar. Sabe a alcohol, pero no podría importarme menos.

Mis brazos están prácticamente estrangulándole contra mí mientras sus manos me estrechan.

Solo me obligo a separarme cuando llevo un buen rato sin tomar aire y mi cuerpo empieza a entrar en pánico. Un segundo más y me habría puesto morada. Recuerdo que una amiga una vez me habló de esto, de respirar mientras besas, pero no la escuché. Ahora me arrepiento.

Cuando abro los ojos, está a un milímetro de mí y empiezo a sentir algo de vergüenza. ¿Y si se da cuenta de que nunca lo he hecho? ¿Y si ha sido horrible? Oh, Dios, *seguro* que ha sido horrible.

Me mira algún tiempo sin hacer nada, pero tampoco se aparta. Suelto un poco los brazos para darle más espacio, él no mueve los suyos. Entonces, sin decir nada, vuelve a estar besándome, con más calma esta vez, y me siento eufórica porque quiera repetir.

—¡Penny! —me grita Ethan con un tono de broma que acaba prácticamente en un gallo.

Nos separamos y le miro como recién levantada, tratando de disimular la mezcla de decepción e irritación que siento.

—¿Qué? —Sale como un graznido sorprendido.

—El último tren sale en diez minutos, ¿vienes?

Dios, no tengo ni la más remota idea de qué hora puede ser: desventajas de no mirar el móvil para parecer social. Aun así, seguramente sea mejor que me vaya ya. Casi como estrategia. Cuanto más tiempo pase con él, más puedo meter la pata. Así al menos le dejo con un recuerdo moderadamente bueno y, además, no puede escalar a más.

—Sí, te sigo en un minuto —contesto finalmente.

Vuelvo a girarme hacia Alessio. Voy a decirle adiós cuando se inclina para besarme una última vez y despedirse él mismo.

—Buenas noches, Penny.

Estúpido tópico de decir el nombre para hacerte sentir importante. Y estúpida yo por pensar que suena increíble dicho por él, con esa voz grave y el maldito acento que me mata.

Un segundo más tarde está volviendo al bar y yo tengo que correr para alcanzar a Ethan. Cuando llego a su altura me mira un segundo y empieza a reírse antes de ponerse la capucha de la sudadera por encima otra vez.

—¿Qué pasa? —le suelto.

—Tienes pintalabios por todas partes. Me estoy imaginando cómo tiene que ir él.

Empiezo a reírme con él y me quedo en esa burbuja hasta que estamos en el metro y recuerdo que ni siquiera tengo su número de teléfono.

—Dime que al menos sabes cómo se llama —me pide Ethan partiéndose de risa.

No puedo más que unirme. Con número o sin él, ha sido una primera noche bastante increíble. O sea, mi primera noche en Milán, de Erasmus, y me las he apañado para: a) hacer mi primer amigo, b) sobrevivir en un bar y c) BESAR a alguien. Estoy en una nube. No había querido hacerme grandes expectativas de este año, pero después de esta noche es casi imposible no dejar que mi mente vague.